

## 69. ¡Ven Señor!

Un día en San Felice, dirigiéndose al Santuario del Fosco, Gaspar, en el camino, hizo al Hno. lego que lo acompañaba esta extraña pregunta: - *¿En su opinión, ¿Cuánto tiempo me tocará pasar en el Purgatorio?'*

El joven fue rápido en responder: - *Padre, usted irá volando al Paraíso, pronto después de la muerte.*

El Santo dudoso para ser digno de tanto, pensó un momento y luego, levantando los ojos al cielo, respondió: - *¡Dios lo quiera!*

¡Paraíso! Cuántas veces había hablado de este en su predicación, extasiando los presentes. Cuantas veces, en las dificultades y sufrimientos, había alentado sus misioneros: *"¡Si es tan dulce sufrir en la tierra para el Señor, piensen cuanto será gozarlo en el Paraíso!"* Respondía a los médicos y quien le aconsejaba tomar un descanso y cuidar de su salud: *"¡Descansaré en el Paraíso!"*

Después del terrible accidente en Bassiano Gaspar no se había recuperado. Helo vagando por la casa de Albano como una sombra... Sin embargo no permaneció ocioso e incluso predicó con tanto fervor el Mes de la Preciosísima Sangre; dio una última mirada a sus papeles; dictó al Merlini los retoques finales de la Regla y le dio las últimas advertencias sobre el Instituto. Le oían a menudo exclamar: *"Se me seque el brazo derecho, si no me recordaré de ti, amada Congregación de la Preciosísima Sangre!"* Y como signo de veneración, al pronunciar el nombre de su Instituto, se sacaba el solideo.

Muchas veces pedía estar solo *"para hablar con Dios"*, y lo encontraban raptado en contemplación frente el cuadro de la Virgen Dolorosa, colocado sobre su escritorio. Se le oía exclamar: *"¡Oh, dulcísima Madre mía, cuánto ha sufrido y llorado por nosotros!"*, mientras las lágrimas empapaban su rostro. A cuantos se le preguntaban por qué llorase, respondía: *"¡Me voy preparando para los años eternos!"* Por la tarde a menudo se arrastraba a la ventana, contemplaba el cielo sereno y estrellado y murmuraba: *"¡Paraíso, Paraíso!"*

Y aquí viene, como predijo el Santo, la terrible noticia. También Italia, después de Rusia, Alemania y Francia, fue golpeada por el cólera. El Papa, después de haber tomado las oportunas medidas sanitarias, convocó públicas plegarias y procesiones penitenciales. El icono de Nuestra Señora de la Salud fue llevado en procesión desde la basílica de Santa María la Mayor a la basílica Vaticana; el mismo Pontífice participó descalzo y en hábito penitencial, y con él el Colegio Cardenalicio y todo el clero.

Tan pronto como la noticia llegó a Gaspar, él, olvidándose de su males, sintió que Dios lo quería en su Roma, para calmar muchos dolores y secar tantas lágrimas. ¡La caridad ardía más que nunca en su pecho! Vagaba por las calles recorridas por los carros de la muerte, en los que, sin piedad, eran amontonados los cadáveres, muchos de los cuales despojados por manos sacrílegas para robar las vestimentas. Desde las calles y las casas llegaban a sus oídos gemidos, gritos y chillidos, que helaban la sangre. Subía y bajaba apenas las empinadas escaleras de los hogares más pobres para dejar un poco de ayuda y el humano consuelo: oraba, absolvía y bendecía muertos.

Quién lo había visto salir de Albano y los que lo había encontrado, huyendo desde Roma hacia los Castillos, le decían: - Señor Canónigo, *¿Todos escapan de Roma y usted va allí? ¿Sabe usted que el cólera está haciendo estragos?*

Gaspar respondía: - Lo sé, lo sé, hijitos, pero Dios me quiere en Roma.

El Cardenal Vicario Carlo Odescalchi, ignaro de las condiciones de salud de Gaspar, en el ámbito de las celebraciones penitenciales en Roma, para propiciar por el Señor el cese de cólera, lo invitó a predicar en Iglesia de Santa María en Vallicella, también llamada la Iglesia Nueva. *"A pesar de estar achacado, agotado, demacrado y desgastado, tanto que parecía la sombra de sí mismo, siempre en su corazón el ardiente deseo de cerrar su vida sobre el escenario como un misionero, con el arma del Crucifijo en la mano"*, se unió voluntariamente, pensando que finalmente este antiguo y perenne deseo, estaba por realizarse.

Se estaba en el pleno calor de agosto y Gaspar, arrastrándose apenas, se dirigió en la iglesia repleta de fieles. Su nombre era todavía un motivo de congregación, no sólo para la población, sino también para prelados, obispos, cardenales y autoridades. *"Daba pena verlo subir en el escenario lentamente, inclinándose, con todo peso del cuerpo agotado, sobre los pasamanos de la escalera"*. Pero en el momento de tomar la palabra,

como por un encantamiento volvía a las antiguas energías y predicaba con ardor y elocuencia. Terminado el sermón, el mal lo retomaba y *"el pecho se rebelaba procurándole horrendas arcadas que causaban en los presentes pena y lagrimas"*.

Los Padres Filipinos, que oficiaban la iglesia, estaban encantados de contar con él y le prestaban amablemente todo socorro. Gaspar iba a rezar en el altar donde eran venerados los restos mortales de San Felipe Neri, y repetía como él, *"Paraíso, Paraíso, he aquí mi patria"*.

El Santo también había predicho que sería la devoción a la Preciosísima Sangre a erradicar el flagelo del cólera e instó al pueblo a invocarla con insistencia. Terminada la predicación, por orden del médico, regresó a Albano. Llegados los primeros días fríos el cólera disminuyó, luego desapareció por completo y los *"Romanos de la Roma"*, para no desmentir su carácter, agradecieron al Señor con oraciones, comidas de "bucatini all'amatriciana" y "cordero a la parrilla".

Gracias al aire más oxigenado de las Colinas Albanas, Gaspar parecía haberse un poco recuperado y quiso, con pensamiento delicado y afectuoso, dedicarse todo a sus queridos alumnos, dándoles lecciones de teología. Pero, por su forma de actuar, estaba bien claro que no se hacía ilusiones, y hasta dejaba entender que estaba seguro y contento del final, que tantas veces había predicho.

Don Amilcare Rey así nos describe los últimos días de Gaspar vividos en Albano.

*"Contento siempre, por cuanto las enfermedades lo asechaban, como bajo un molino espantoso; conversa, trabaja, nunca está un momento ocioso. Lo han visto, a la hora del ocaso, mirar el horizonte, en el campo romano, bajando sobre el brillante espejo del mar, a menudo interrumpido por arcos de acueductos e impresionantes ruinas, mirar al cielo que se enciende de azafrán, resonantes de cantos de los arrieros y el eco de los carruajes pasando sobre la pavimentación de la Vía Appia, mientras que las campanas lanzan al aire las ondas que invitan a elevar la mente a Dios. Los ojos encantados hacia la luz más pura que exista, las manos juntas sobre el pecho con éxtasis de una plegaria, los labios sonantes ligeramente las palabras del Ángel a María. Lo han visto... con lagrimas copiosas saliendo de sus ojos ópalos, ¡Como los de un niño. Pronto, cadenas de oro lo elevarán arriba, más allá del mar, más allá del cielo!"*

Este día tan deseado no tardaría mucho tiempo en llegar. Una carta del Cardenal Franzoni, informado de la gravedad de la enfermedad, le ordenó trasladarse a Roma, donde el clima invernal más mitigado que el de Albano, le habría sin duda ayudado. Los misioneros se entristecieron mucho, porque ciertos del final, hubieran ellos mismo querido cerrarle los ojos en la Casa de Misión y sellar en el corazón el último anhelo de su padre.

Gaspar, como siempre, obedeció y regresó a su casa en de plaza Montanara, para nunca más salir de allí, salvo transportado en un ataúd. Pasaba largas horas del día, y noches sin dormir, devastado por un horrible tos, agotado, confinado en un sillón. Los días fluían en ininterrumpida oración, la celebración de la Misa y el rezo del breviario. En un riguroso examen de conciencia, olvidó del gran bien obrado, corría con su mente buscando defectos y faltas, quizás inexistentes, para arrepentirse y pedir perdón a Dios en la inminencia del juicio. Trató de causar la menor molestia a su cuñada y a su sobrina Gigia, las que lo asistían con afecto.

Parece increíble, pero los malignos no respetaron ni siquiera una larva de hombre frente la majestad de la muerte. ¡Cuánta crueldad refinada! "*Aquel santo* - era el rumor que se extendía en los ambientes eclesiales y entre los admiradores y los monasterios de Roma, y que se escandalizaron por ello - *propio él, tiene miedo a la muerte y no se resigna a la voluntad de Dios*".

Alarmada, sor María Tamini, su compañera de la infancia, que ya lo veneraba como santo, se apresuró a su cabecera y le dio un *sermoncito* cariñoso, lleno de embarazosas alusiones a la resignación. Gaspar, que bien había entendido, ni siquiera la dejó terminar, y de rebote le dijo: - *Yo sé lo que quiere decirme. Propio yo, que en la vida no he hecho nada más que predicar a los demás la necesidad de someterse a la voluntad de Dios, ahora que me toca a mí... No, no! No se preocupe, estoy listo y feliz. Ahora arrodílese y oremos juntos, a fin de que el Señor me ayude a someterme a su voluntad, aún más...*

Incluso el Merlini, que conocía desde hace tiempo su alma por los muchos años vividos juntos, escuchando a menudo su confesión, por un poco prestó oídos a los rumores y sintió la necesidad de susurrarle en punto de muerte: - *debe conformarse con la Voluntad de Dios*.

El Santo, con un hilo de voz, no pudiendo casi no hablar por el hinchazón de la lengua, murmuró sonriéndole: - *Sí, sí...*

A pesar del continuo deterioro de la salud, con su bien conocida y férrea voluntad, había aguantado y continuado a pasar los días en el sillón, hasta el ante vigilia de Navidad; después *"la carne vuelta muy frágil, no respondió más a los estímulo de la voluntad"* y, exhausto, se vio obligado a tenderse en la cama, desde donde nunca más se levantará otra vez. Sin embargo, no perdió su habitual humor romano.

La cuñada no tenía el coraje de verlo tan gravemente reducido, y desde algunos días no se dejaba ver muy a menudo. Él le dijo: - *Señora, ¿Se volvió preciosa?*

A Gigia, ya que no podía contener las lágrimas, dijo: *¿Qué son esas nieblas? ¡Venga, elimínelas!*

Acudían a su cabecera muchos queridos amigos, especialmente misioneros y sacerdotes. Un día fue a consolarlo incluso el cardenal Franzoni, que lo *"quería mucho"*. Gaspar permaneció, en su humildad, *"confundido por tanta condescendencia"*. En la vigilia de Navidad las monjas del monasterio de San Urbano en Roma, sus penitentes, con los deseos de pronta recuperación y de una Feliz Navidad, le enviaron en regalo un pesebre de cartón confeccionado por ellas. Le agradó muchísimo y quiso que fuese colocado enfrente de la cama, para poderlo tener siempre a la vista. El Pallotti, que durante la enfermedad lo escuchaba casi todos los días en la confesión, no dejaba de repetir: - *¡Qué santo! ¡Cuánta uniformidad a la Voluntad de Dios!*

Gaspar pedía con insistencia el viático y la *extremaunción*, como entonces se llamaba. En esa época no administraban los últimos consuelos si un medico no declaraba el paciente en inminente peligro de muerte y el médico, para engañar al paciente, aplazaba la decisión más que podía. El Santo tanto insistió hasta que el médico se convenció, y cuando se sintió satisfecho, dijo con calma: *"¡Ahora, por fin estoy contento!"* y desde aquel momento, siempre y cuando sus fuerzas se lo permitían, siempre mantuvo el Crucifijo apretado entre las manos, pasando las horas entre profundas oraciones y devotos a la dulce imagen de Cristo.

Llegado un nuevo bajón, el médico tratante, el doctor Mazzucchielli, le practicó dos veces la sangría. Tan pronto como se le extrajo sangre por segunda vez, empeoró repentinamente.

El Merlini corrió desde Albano para estar cerca del amigo y padre. No logró quedar en paz cuando, llegado en Roma, se enteró de que el moribundo, en un extremo acto de humildad y de aniquilación, había dispuesto que su cuerpo fuera enterrado en la tumba de los Sacconi Bianchi, de los que formaba parte, en San Teodoro de Campo Vaccino. Persuadió el Santo para modificar las disposiciones con un especial codicilo, ante el notario, para consensuar que su cuerpo fuese enterrado en la iglesia de Albano.

El esfuerzo sostenido para colocación la firma en el codicilo hizo desplomar definitivamente el enfermo, por lo que Merlini consideró oportuno comenzar la recitación de las oraciones de los moribundos. Llegó en ese mismo momento también Don Vincenzo Pallotti, quien, pasando entre la gente que se amontonaba en la entrada de la casa, dijo: - *¡Voy a asistir a la muerte de un santo!*

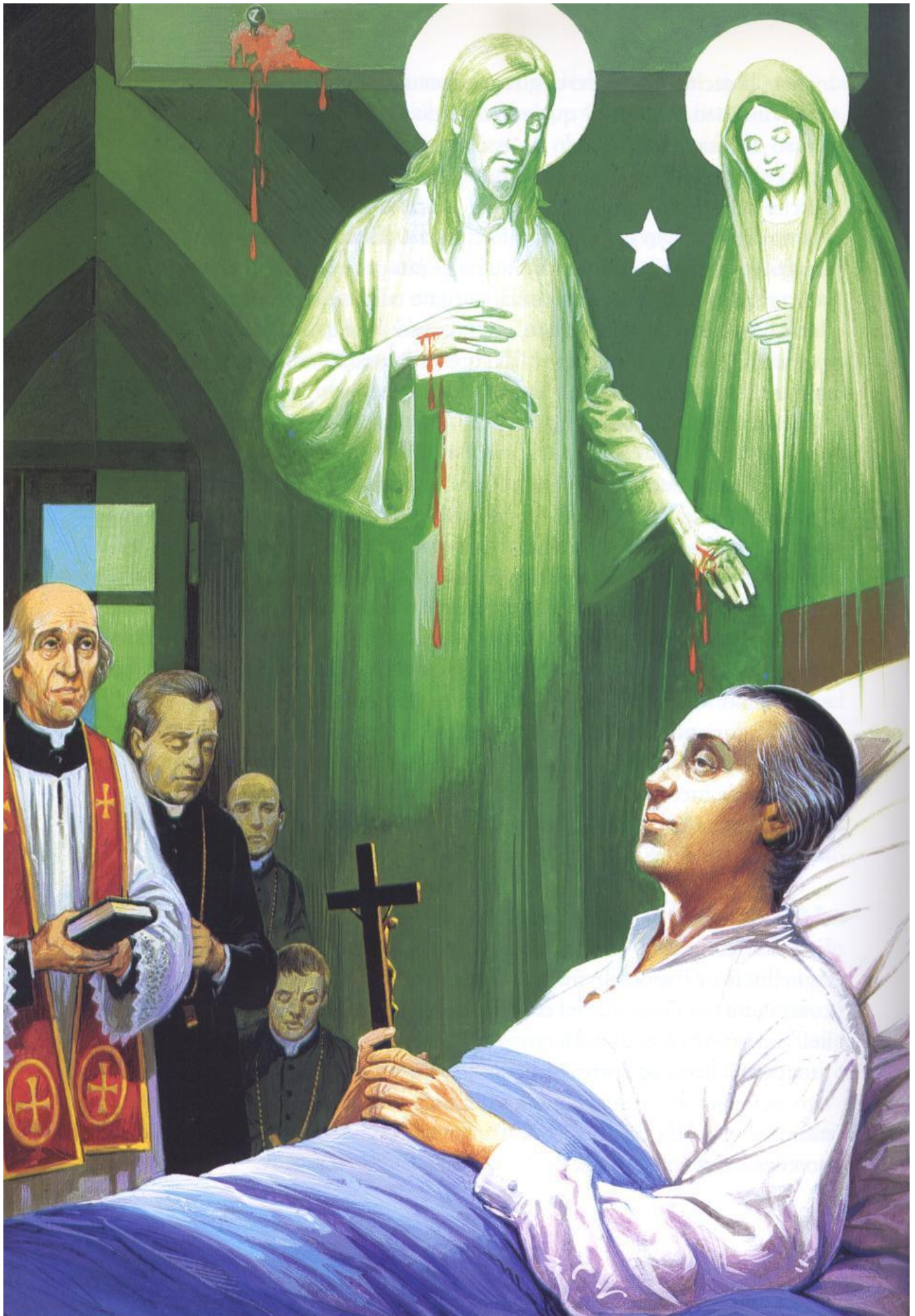
Pallotti tuvo que reemplazar de inmediato al Merlini en la recitación de las oraciones, porque éste, no aguantando la emoción y el dolor, se había echado a llorar. Es el mismo Pallotti a relatarnos los últimos días terrenales de don Gaspar: *"El moribundo estaba como en la más perfecta tranquilidad. Su rostro brillaba con tanta dulzura, hilaridad y tales signos de paz, que, considerando el todo cristianamente, estimulaba las ganas, el deseo de estar en agonía".* Y así concluye: *"A las 21.30 horas, como sumergido en la alegría del paraíso, tranquilamente falleció".*

Fue el día 28 de diciembre de 1837 y Gaspar tenía 51 años, 11 meses y 21 días.

El informe médico es, al mismo tiempo, terrible y maravilloso. *"Supuración de los pulmones por inflamación descuidada en el pecho. No habiendo querido suspender sus fatigas apostólicas, no se sometió al tratamiento, que, con tiempo, pudiera beneficiarse; de manera que se hizo víctima de caridad".*

En el momento de la muerte, Pallotti, santo a su vez, sorprendido vio salir del cuerpo una estrella luminosa y siguió la trayectoria que ascendía hacia Dios, y exclamó: - *¡Oh alma bendita, ya estás en el Paraíso!*

Más tarde confiara al Merlini haber visto el alma de Gaspar ascender al cielo en forma de una brillante estrella, y Jesús con la Virgen y un sinfín de ángeles salir a su encuentro.



*"Estrellas, siempre estrellas" - exclama don Amilcare Rey en la vida de Gaspar del Búfalo - "Parece que él juegue con ellas en la vida y hasta el momento de su muerte".*

\* \* \*

¡Qué brillante estrella, el alma de Gaspar, se sumerge en el inmerso esplendor, que emana desde la Sangre del Cordero e inunda la inmensidad del cielo! Él no es sólo el alma que se ha lavado en la Sangre del Divino Cordero, sino el gran apóstol, el serafín, el mártir de aquella Sangre, que continuará por la eternidad en el cielo el cantico de amor repetido continuamente, en la inocencia y el sufrimiento sobre la tierra: *"¡Tú eres digno, oh Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado y has redimido para Dios con tu Sangre, hombre de toda tribu, lengua, pueblo y nación! A Aquel que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza y el honor, la gloria y el poder para siempre. ¡Amén!"*